

„si se pueden llamar Obispos, continúa, los que no ordenan sino Diáconos casados, los que á pesar de la autoridad y práctica de las Iglesias de Oriente, de Egipto y de la Silla Apostólica que no reciben sino clérigos célibes, creen que no deben guardar en este orden la integridad del celibato (1).”

No podia dejarnos el santo Doctor un testimonio mas espreso de la antigüedad de la disciplina eclesiástica tocante á la continencia de los Ministros sagrados. Defiende asimismo de un modo no menos triunfante la invocacion de los Santos, la veneracion de las reliquias, y la costumbre de encender luces de dia en las Iglesias: costumbre que principiaba á nacer á la verdad en Occidente, pero que se hallaba universalmente establecida entre los Orientales. En cuanto á las calumnias de Vigilancio contra la Iglesia, y á sus imposturas absurdas de supersticion é idolatría, respondió Gerónimo que ningun fiel habia rendido jamás la adoracion de Dios á los Santos, ni erigido á los hombres en divinidades; „mas el herege, añade, trata de sacrilegio el cuidado que tenemos de cubrir sus reliquias con telas preciosas. ¿Conque somos sacrilegos cuando manifestamos nuestro respeto en las basílicas de los Apóstoles? ¿Conque el Emperador Constanzo fue sacrilego cuando condujo á Constantinopla los restos venerables de Andrés, Lucas y Timoteo, ante quienes bramaban los demonios? Segun esto hoy deberíamos llamar sacrilego al Emperador

(1) *Hieronym. ibid. cap. 2.*

Arcadio, que acaba de trasladar con tanta pompa de Judea y Tracia los huesos del bienaventurado Samuel, y los Obispos y pueblos de todas las provincias que salian en todas partes al camino, y acompañaban sin interrupcion al santo Profeta desde la Palestina hasta Calcedonia, eran no solo sacrilegos sino tambien insensatos en venerar á porfía frias y viles cenizas.” El Santo quiere hablar de la traslacion de las reliquias de Samuel, que el Emperador Arcadio hizo en efecto con el mas pomposo aparato durante el episcopado de Ático.

89. Habia sido éste puesto en lugar de Arsacio, que murió de edad de ochenta y un años, diez y seis meses despues de la espulsion de San Juan Crisóstomo: sin que este suceso cambiase de modo alguno la suerte del santo Patriarca ni de sus virtuosos adherentes. Persistia la opresion á pesar del interés que las personas justas y los mas dignos Prelados tomaban en este grande negocio, que commovió toda la Iglesia. Empleó el Sumo Pontífice sabiamente todos los recursos de la caridad y de la condescendencia, y vivió al principio en comunion con los dos partidos; es decir, el de Crisóstomo y el de su antagonista Teófilo. Censura no obstante altamente á este violento adversario por haber procedido de un modo tan fuerte, y principalmente en ausencia de aquel. Teófilo se apoyaba en los cánones de Antioquia, por lo que le dice espresamente el Papa, que la Iglesia Romana no conocia otros relativamente á este negocio que los de Nicéa. Los que escribieron los hereges,

añade, deben quedar sin efecto segun el Concilio de Sárdica, aun cuando por otra parte fuesen justos. Al santo Obispo le escribe una carta afectuosa para animarle, esperando añadir una justificacion brillante á la que tenia ya en el testimonio secreto de su conciencia.

90. Llegaban hasta Roma cada dia nuevas luces sobre la iniquidad de la trama, sabida allí sin poder penetrar sus abismos. Además de los Obispos que en gran número habian venido de Oriente, llegó á Roma un Presbítero de Constantinopla llamado Teótanes con cartas sinodales de un Concilio de cerca de veinticinco Obispos, á favor del Santo desterrado. Vinieron tambien varios solitarios y vírgenes á quienes habian tratado cruelmente por su afecto á su Pastor legitimo, y que conservaban aun las cicatrices de los golpes sufridos por tan buena causa. Divulgóse que la persecucion habia rayado hasta el punto de dictar pena de deposicion y confiscacion de bienes contra los Obispos que rehusasen comunicar con Teófilo y aprobar su doctrina. Habian sido condenados los legos constituidos en dignidad á perderla: los oficiales y militares á ser despedidos: los plebeyos y menestrales á una multa considerable y al destierro; mas el amor heróico de este buen pueblo á su Pastor le obligaba á despreciar todos los peligros, y sacrificar lo que mas estimaba.

91. Escribió el Sumo Pontífice al Emperador Honorio sobre un negocio que alteraba la paz de la mitad de la Iglesia. Discutióse de resultas seriamente el

asunto en el consejo de este Príncipe religioso y entre sus Prelados; y en consecuencia envió cinco Obispos á Arcadio, con dos Presbíteros y un Diácono, con las cartas mas enérgicas del Papa, de Honorio, y de los Obispos de Occidente. Regresaron llenos de confianza con estos diputados los Orientales que habian llevado sus quejas á Roma; pero el éxito de la diputacion fue bien contrario á sus esperanzas. Los diputados continuaban aun su rumbo sobre la costa de Atenas, cuando un tribuno militar los prendió, los sacó de su navío y los pasó á otros dos navíos diferentes, en donde sufrieron una horrible tempestad, sin tener apenas cosa alguna que comer en tres dias. Luego que pusieron el pie en Constantinopla á la entrada de la noche se apoderaron de ellos los guardias, y los condujeron furiosamente al encierro sin decirles con que órden lo verificaban. Despues los encerraron en una fortaleza que estaba á la orilla del mar, en donde se les trató con la mayor insolencia, poniendo á los Romanos en un cuarto y á los Griegos en otros muchos, sin dejarles ni un criado para servirles.

El principal motivo de haber separado á los Romanos de la audiencia del Emperador, era interceptar los papeles que iban á presentarle. Al oír que se les mandaba entregarlos, representaron el respeto debido á la calidad tanto de las personas que los enviaban, como de aquellas á quienes iban dirigidos; pero el paso dado no era de los que permiten volver atrás. Así que un tribuno llamado Valeriano arrebató las car-

tas al Obispo que las llevaba con tanta violencia que le quebró el dedo índice. Intentaron sus enemigos á la mañana siguiente corromperlos con el dinero en la mano, instándoles mucho tiempo á que comunicasen con Ático; á lo que se resistieron con valor. Mas desesperando de poner fin á las inquietudes del Oriente, suplicaron se les permitiese volver en paz á sus Iglesias. Pasó por último Valeriano á sacarlos del castillo en donde estaban, y los hizo embarcar en un navío viejo con veinte soldados feroces, sacados de diferentes compañías, y aun se decía que estaban tomadas las medidas para que todos pereciesen. Sin embargo, á poca distancia mudaron de bagel temiendo un naufragio inevitable, y veinte días despues abor-daron en las costas de Italia.

Ignoraban no obstante la suerte de los Obispos de Grecia que habian partido con ellos. Dijeron al principio que los habian arrojado al mar: mas se supo despues que habian sido desterrados á las estremidades mas bárbaras del Imperio; uno á las fronteras de Persia, otro á lo interior de la Arabia, cerca de los Sarracenos, otro hasta las inmediaciones de los Etiópes: y que habian sido despojados unos y otros de todas las cosas, y puestos bajo la guardia de esclavos públicos. No fueron estas las únicas víctimas del espíritu de cisma y de venganza. Serapion, uno de los mas fieles discípulos de San Crisóstomo, que le habia ordenado Obispo de Heraclea, fue blanco de mil calumnias, azotado públicamente, condenado por una rara crueldad á ver sus dientes arrancados, y desterrado

finalmente á su pais que era el Egipto. Padeció los tratamientos mas crueles un santo viejo llamado Hilario, que vivia ya diez y ocho años en una austeridad en que no se permitia aun el uso del pan, no por orden del juez lego, mas equitativo con el hombre de Dios, sino por el furor de la parte rebelde del clero. Viéronse reducidas años enteros otras muchas personas distinguidas por su dignidad ó por sus cualidades personales, para ocultarse y poder subsistir, á trabajar la tierra ó vivir de los mas viles oficios, y en fin á desterrarse á sí mismos temiendo un tratamiento mas bárbaro.

92. Envidiaban los cobardes enemigos á Crisóstomo la estimacion que se hacia de sus virtudes, y la gloria de las conversiones que obraba entre los infieles de su comarca. Solicitaron por esta causa y obtuvieron nueva orden de la corte para trasladarle á Pitionta, lugar desierto sobre las costas septentrionales del Ponto Eusino. Duró tres meses este nuevo viage, aunque el Santo se veía descortesmente importunado por dos soldados pretorianos que le conducian, para que acelerase su marcha. No pudo menos uno de ellos de disculparse con él al ver su decaimiento y dolor, y le reveló ser tal la orden de la corte: mas el otro se irritaba con las condescendencias de su compañero, obligaba al Santo á caminar de noche como de dia, hacia de él un objeto de diversion, y se burlaba del Santo con insolencia al verle todo mojado, y otras veces reía de su cabeza calva y quemada por los ardores del sol. Ni un momento permitia que se detu-

viere en las ciudades ni en los lugares que le daban algun alivio ó comodidad.

93. Llegaron por fin á Comana, término señalado por el cielo á los trabajos y á la vida del gran Crisóstomo. No se le permitió aposentarse en la ciudad, sino á cinco ó seis millas de distancia en un reducto dependiente de una Iglesia dedicada á San Basílico, antiguo Obispo de este lugar, y martirizado en otro tiempo con San Luciano de Antioquía. Aparecióse por la noche el santo Mártir á Crisóstomo, y le dijo: *valor, hermano mio Juan, mañana estaremos juntos*. Era tanta la seguridad que tenia Juan de la revelacion, que á la mañana siguiente rogó á su implacable conductor retardase un poco la partida, lo que no pudo conseguir. Mas apenas habian caminado treinta estadios, ó legua y media, cuando el Patriarca se sintió tan malo, que fue necesario volver á la Iglesia de donde habian partido. Lo primero que hizo aquí fue dejar sus vestidos ordinarios para vestirse de blanco. Distribuyó á los pobres lo poco que le restaba: despues recibió estando aun en ayunas la comunión de los sagrados símbolos de nuestro Señor, como dice la crónica de Alejandría, es decir, recibió la Eucaristía. Hizo su oracion delante de todos, y la acabó con estas palabras que repetia muchas veces: *por todo sea Dios alabado*; y despues espiró el dia 14 de Setiembre del año 407 (1). Enterráronle con honor cerca de San Basílico; y sus funerales, dicen los autores contemporáneos, tuvieron toda la gloria

(1) *Sozom. lib. 8. hist. cap. ult.*

del primer dia de fiesta de un Mártir. Hubo un concurso prodigioso de personas de todos los paises y de todos los estados: asistieron con el pueblo los monjes y las vírgenes, no solo de los lugares inmediatos sino tambien de la Siria, Cilicia, Ponto y Armenia, como si se hubieran convenido en juntarse todos.

Tenia el santo Obispo cerca de sesenta años, y habia gobernado la Iglesia de Constantinopla nueve y ocho meses, contando su destierro que fue de mas de tres años y medio. No disminuyó su muerte el celo de sus defensores; y mientras que los Orientales no quisieron honrar su memoria, la Iglesia Romana con todo el Occidente les negó su comunión, principalmente á Teófilo de Alejandría primer autor de esta injusticia.

94. Siendo su causa la de toda la Iglesia, era preciso que todos los Sumos Pontífices de su siglo, y todos los Doctores mas célebres hiciesen á porfia su elogio y el de sus obras, monumentos universalmente estimados. Ninguno podrá, pues, decir que abandonamos nuestro plan, porque demos fin á este libro con una noticia algo dilatada de los escritos del mas elocuente de los Padres de la Iglesia. Exhortando al clero de Constantinopla el Papa San Celestino á juzgar de las impiedades de Nestorio por la pura y sublime doctrina que habia recibido del gran Crisóstomo, dice: „¿qué dejó de enseñaros este Doctor de santa memoria, este Obispo tan lleno de luces, cuyos discursos esparcidos por toda la tierra habitada hacen tan recomendable la verdad católica! Su voz no pudo

resonar sino en pocos lugares; pero ninguno hay á quien no instruya todavía con sus escritos. La muerte lejos de cerrarle los labios le hizo el predicador de todo el universo, que lee sus obras sublimes con tanto fruto como admiracion." Ensalza San Leon en este Padre aquellos rasgos de doctrina espiritual y vivificante, que saliendo aun mas de su corazon que de su boca, infunden en todas las almas la unción, la fuerza y la vida. Reunidos en Concilio todos los Orientales le pusieron, despues de su muerte, en el número de los Doctores de la Iglesia, y le propusieron no solo como el honor del episcopado en la ciudad imperial, y como una de las mayores luces del Oriente, sino tambien como una antorcha capáz de disipar las sombras de todas las provincias y del mundo entero. No se contenta San Efren con darle simplemente el nombre de *boca de oro*, que se atribuía á otros muchos Doctores, sino que le llama *la boca de toda la Iglesia*. „Descansó, dice Casiano, sobre el seno de Jesus, como el Apóstol cuyo nombre tiene; y bebió como él aquella doctrina que abrasa los corazones en el divino amor. Formáos con su doctrina; y si no se le puede igualar á lo menos será glorioso imitarle." El grande Obispo de Hipona, con la autoridad que le daba la misma estension de su ingenio, hablando de este Padre Griego, á quien se puede llamar en cierto modo el Agustin de Oriente, alaba especialmente la pureza de su fe, la elevacion de su espíritu, la fecundidad de su ciencia, y la justa celebridad de su reputacion.

95. Examinando San Isidoro de Pelusio con todo el rigor de la crítica los varios caracteres de la elocuencia de San Juan Crisóstomo, y juzgándole por las reglas severas de Plutarco, concluye haciéndole superior á todos los demás oradores sin escepcion. En efecto, es grande en la elocuencia, noble y natural en la composicion, en el método, en los pensamientos y en las espresiones. A esto es necesario añadir lo que no puede menos de espermentarse con Sozomeno (leyendo algunos de sus discursos), que sus espresiones como sus pensamientos tienen muchas veces un no sé qué de divino, que supera á la capacidad del hombre. Su estilo siempre es claro, sencillo, y sin los vanos adornos con que los declamadores habian sobrecargado la hermosura natural del antiguo aticismo. No pierde la pureza de los antiguos Atenienses ni en los términos. Siempre agrada, y siempre convence, porque tiene un aire de verdad y un tono de sentimiento que penetran toda el alma. Sobresalen en todo él racionios fuertes; mas siempre sencillos y perceptibles para todos sus oyentes: comparaciones exactas, frases vivas y penetrantes, imágenes grandes y luminosas, con todas las figuras que adornan y suben de punto la verdad en vez de debilitarla. Sin embargo, entre todas las propiedades de su pluma la que le caracteriza de un modo único, es el arte inimitable de mover y fijar, dando cuerpo y colores á los objetos mas sublimes, y sacando instrucciones tan interesantes como sólidas del fondo mas árido y escabroso. Poseía tambien aquel arte tan



familiar en los antiguos de distinguir y usar de los verdaderos resortes de la elocuencia, aprovechándose del tiempo y de las ocasiones, y utilizando todo lo accesorio. Para lograr el fin del orador es esto muchas veces mas poderoso que el fondo de las cosas, como lo practicó con tan buen éxito en la consternacion que se siguió á la sedicion de Antioquía.

96. El estilo de San Crisóstomo parece algunas veces un poco asiático ó muy difuso; pero al mismo tiempo hasta en sus difusiones se notan tanto espíritu, tantas gracias, y sobre todo tantos rasgos de una imaginacion viva y brillante, que arrebatado el lector por un encanto inesplicable, no puede resolverse á omitir cosa alguna. Esperiméntase este interés principalmente en las obras de sus años floridos; porque hay una diferencia considerable entre las que se publicaron en Antioquía, y las que compuso despues colocado en la Silla Episcopal de la nueva Roma, cuando la multitud de sus ocupaciones y de sus trabajos no le permitian darles el mismo grado de perfeccion.

Antes de estar encargado de la instruccion pública, antes de ser Sacerdote, escribió sus tratados y todas sus dilatadas obras, entre las que se admiran sobre todo sus libros del sacerdocio; obra maestra en este género y una de las mas puras fuentes en donde la Iglesia bebió las reglas clericales. Prueba su liturgia en el fondo de las cosas cuan versado estaba en estos divinos objetos. Cuéntanse tambien entre sus mejores tratados los que compuso contra los

Gentiles; sus consejos á las viudas, su apología de la vida monástica, su exhortacion al monge Teodoro que habia caido en la apostasia, y el sublime paralelo en que remonta al verdadero solitario sobre los Príncipes del mundo. El tratado de la compuncion desempeña con tanta perfeccion su objeto, escitando á la contricion del corazon por la confianza en la grandeza infinita de la divina misericordia, que por él se ha adquirido los nombres de *patético* y *sabio autor*, de *lengua de la misericordia*, y de *ojo de la penitencia*. Estas, la limosna y el peligro de los falsos bienes de este mundo, eran el campo donde con mas frecuencia egercitaba su elocuencia.

Escribió casi todas sus escelentes homilias á la edad de treinta y ocho años, despues de ordenarle Sacerdote de Antioquía, ciudad llamada el ojo del Oriente, así por lo brillante de los talentos y de las artes, como por su magnificencia. Agradó siempre tanto en Antioquía, que toda su modestia no podia imponer silencio á los aplausos que se le daban en medio de sus discursos públicos. Interrumpíanle muchas veces, y obligado á detener su discurso, protestaba, pero siempre en vano, que á él no se le honraba con palmadas, sino siguiendo la verdad.

Entre todas las piezas de San Crisóstomo, sus homilias al pueblo de Antioquía, que ocupan sin duda uno de los primeros lugares entre sus escritos elocuentes, produjeron el mayor efecto por el talento del orador para preparar los resortes que obran los